

LA CURA DE LAS PASIONES – 25 DE JUNIO DEL 2022

Queridos hermanos trataremos hoy de echar luz sobre un tema sumamente importante y a la vez delicado. Les suplico que desmenuen y analicen el contenido de este material y que no se queden con alguna duda. La comprensión y la asimilación del presente sondeo que, por supuesto, queda abierto a cualquier tipo de inquietud, resultará, según mi humilde opinión, en acertar el camino correcto a seguir o continuar transitando en las tinieblas. Invoco la iluminación del Espíritu Santo para emprender esta tarea y solicito de antemano vuestras dispensas por mi debilidad y por mi indignidad. He decidido abordar la temática que nos ocupa en tres partes.

Primera Parte; Cristo Médico.

“El mismo Señor dio testimonio de que había venido como médico de los enfermos”, señala san Irineo. Cristo, en efecto, declaró públicamente. “no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos...Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt 9,12.13; Mc 2, 17; Lc 7, 31) y, además: “El Espíritu del Señor está sobre mí...Me ha enviado a curar a aquellos que tienen el corazón roto” (Lc 4, 18). En conformidad con esta enseñanza de Cristo acerca de sí mismo, los Padres y toda la tradición de la Iglesia ven en Él a un médico enviado por el padre para curar a los hombres enfermos de las consecuencias del pecado ancestral y hacer que la naturaleza humana recupere su salud primitiva. La Iglesia ortodoxa ha integrado esta forma de considerar a Cristo, y esta concepción medicinal de la salvación que Él trae, en el conjunto de sus rituales sacramentales y de sus servicios litúrgicos. En el corazón mismo de la divina liturgia de san Juan Crisóstomo se invoca a Cristo como “Médico de nuestras almas y cuerpos. Debido a que Él es a la vez Dios y hombre, y une en su única persona divina las dos naturalezas, divina y humana, Cristo, el Verbo Encarnado, puede operar esta curación de la naturaleza humana enferma del pecado y de sus funestas consecuencias. Cristo, en efecto, curó “lo semejante por medio de lo semejante”, es decir, curó al hombre haciéndose hombre,

revistiendo nuestra naturaleza humana en su integridad. “Dado que la debilidad de nuestra naturaleza no podía ser mayor, necesitaba el mayor remedio” señala san Sofronio de Jerusalén. Así pues, Él asumió voluntariamente el hambre, la sed, el cansancio, el temor, el miedo, las lágrimas, el dolor, el sufrimiento hasta en sus formas más atroces y finalmente la muerte; en resumen, todas las imperfecciones y las limitaciones procedentes del pecado para poder librarnos de ellas; todas las enfermedades, las debilidades y las deficiencias de nuestra naturaleza para poder curarnos de ellas. Los Padres insisten en el hecho de que Cristo ha conservado constantemente su voluntad humana en conformidad con su voluntad divina: es decir, en que, dado que su voluntad divina es también la del Padre que lo envió, se ha mostrado en su humanidad siempre y en todo obediente a su Padre. Por eso ha curado nuestra naturaleza, pues el pecado ancestral consistió en la desobediencia de Adán a Dios. Si esta desobediencia separó al hombre de Dios, la perfecta obediencia de Cristo a su Padre reconcilió al hombre con Dios, enderezó su naturaleza pervertida y reunió al hombre entero con Dios. Al respecto nos dice san Juan Damasceno “Como hombre, (Cristo) sometió él mismo, en sí mismo y por sí mismo al ser humano a Dios Padre”.

Por tanto, la redención que Cristo realiza en su muerte no es una “satisfacción” ética o jurídica (como percibe el cristianismo occidental) sino una restauración ontológica de la naturaleza humana que Él ha asumido; y, si únicamente el Hijo puede recatar al hombre y por eso debe morir en la carne, no es porque solo Él esté a la altura de la deuda de la humanidad pecadora para con Dios y solo su muerte sea capaz de pagar esa deuda, sino porque solo Dios es lo bastante poderoso como para poner remedio a los males del género humano y, únicamente asumiendo la muerte y debido a que “solo Él posee la inmortalidad”(1 Tim 6, 16), podía librar al hombre de la muerte, pues – como subrayan los Padres – lo que no es asumido no puede ser curado. De este modo, igual que la mayoría de los Padres consideraba la corrupción como una enfermedad contraída por el hombre a partir de su pecado y como consecuencia “natural” e

inevitable de este, más que un castigo infligido por Dios, así también comprenden ellos la redención obrada por Cristo como la asunción voluntaria por el Verbo hecho carne del destino común de la humanidad sufriente y mortal con el fin de destruir por la fuerza de su divinidad las secuelas del pecado, las enfermedades espirituales, la corrupción y la muerte, y dar al hombre una vida nueva donde su naturaleza encuentre la plena salud. La salvación realizada por Cristo se extiende a todos los hombres de todos los tiempos. “Cristo se manifestó una sola vez para abolir el Pecado” (Heb 9, 26); “obtuvo una redención eterna” (Heb 9, 12); “hemos sido santificados de una vez para siempre por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo” (Heb 10,10). Lo mismo que Adán había hecho enfermar a toda la naturaleza humana, Jesucristo, nuevo Adán, curó, salvó y deificó a toda la naturaleza humana para todos los tiempos. Así que todo hombre que desespere de la medicina humana, o que no haya encontrado un médico capaz de librarlo de sus males, puede estar seguro de hallar en Cristo la curación de cualquier enfermedad que padezca, cualesquiera que sean su naturaleza y su gravedad, y una salud cuya calidad supera infinitamente la que se podría obtener por medios humanos.

Segunda Parte: Condiciones de la Terapéutica.

Como hemos dicho en nuestro anterior encuentro “El hombre no puede beneficiarse de los favores recibidos salvo con la condición de unirse a Cristo. Únicamente en la Iglesia, que es el cuerpo divino-humano de Cristo puede realizarse esta unión que se perfecciona por la acción del Espíritu Santo”. Pero, no basta con que exista un médico todopoderoso, capaz de curarlo todo, para que el hombre se encuentre inmediatamente liberado de sus males. Es necesario también que recurra a él. Y, antes que nada, es necesario que desee recobrar la salud. El hombre, para obtener de Cristo la curación de sus enfermedades, debe primero querer sanar; debe asimismo volverse hacia Él e invocarlo con todas sus fuerzas, pues como señala san Juan Crisóstomo “el divino médico no nos cura a pesar nuestro”;

Teodoreto de Ciro escribe también “El médico de las almas no presiona a aquellos que no quieran aprovechar sus cuidados”. Así que es indispensable, en primer lugar, que el hombre no se niegue a considerar su estado y ver sus enfermedades y, si toma conciencia de ellas, no se niegue o no descuide en llamar a aquel que puede remediarlas. No hay ningún mal que el médico celestial no pueda curar. Basta que el hombre se acerque a Él y se ponga en sus manos con toda confianza; al respecto san Macario evoca esta condición mínima de la curación que consiste en llamar al médico “Si el ciego no hubiera gritado, si la hemorroísa no se hubiera acercado al Señor, no habrían sido curados”.

No obstante, la voluntad de sanar debe manifestarse, no solo cuando se trata de llamar al médico, sino también cuando se trata de aplicar los remedios que él recomienda. Al respecto san Barsanufio señala que “Si quien está enfermo va a ver al médico, es preciso que observe las prescripciones del médico y si no se ajusta exactamente a lo que el médico prescribe, no puede librarse de su enfermedad”. El hombre manifiesta su voluntad de sanar y coopera personalmente con la terapéutica divina con cinco actitudes espirituales fundamentales que condicionan su vida en Cristo y le permiten recibir, asimilar y hacer fructificar la gracia terapéutica y salvadora conferida por el Espíritu en los sacramentos de la Iglesia.

Tercera Parte: Los remedios.

El remedio de la fe: La fe aparece como el comienzo de la vida nueva que el hombre está llamado a llevar en Dios y es el motor más poderoso de que puede disponer para llevarla a cabo. Al orientar en la fe su deseo y su voluntad hacia Cristo, el hombre le devuelve al deseo su objetivo natural y a la voluntad su finalidad normal. En el acto mismo de la fe se opera la curación de sus facultades que el pecado había vuelto enfermas pervirtiendo su uso. La fe, no obstante, aunque implica siempre el deseo y sobre todo la voluntad, hasta el punto de que puede definirse como un asentimiento voluntario del alma, es correlativamente conocimiento. Es –dice San Pablo– “una

firme seguridad de lo que se espera, una demostración de lo que no se ve" (Heb 11, 1); es un cierto conocimiento anticipado e indirecto de las realidades espirituales que se revelará cuando el crecimiento del creyente llegue a su término. Es el conocimiento que el hombre adquiere por la adhesión voluntaria de su inteligencia y de todas sus facultades a la verdad revelada por el Espíritu Santo a los hombres, por medio de la palabra de Cristo, del testimonio de los apóstoles, de los profetas y de los santos. Por lo tanto, donde aparece sobre todo la función terapéutica de la fe es en el conocimiento que ella constituye y que a la vez confiere al hombre; lo mismo que la ignorancia es para el hombre la causa primera de su caída y de sus enfermedades, así también el conocimiento que adquiere por medio de la fe es el principio de su curación. En la medida en que la fe orienta al hombre hacia Dios y lo une a Él, lo libera y preserva del apego patológico a sí mismo, o sea de la filautía, que como hemos visto en nuestro encuentro anterior es la "fuente de todos los males del alma, la madre de todas las pasiones. La fe es para el hombre la condición y la puerta de la salvación, pues por ella se adhiere con todo su ser a la obra salvadora de Cristo, se une a su persona se abre a su gracia y se hace colaborador de ella. De modo que por la fe y en proporción con ella el hombre enfermo recibe de Cristo el perdón de sus pecados, la curación de todas sus enfermedades y la salud verdadera.

El remedio del arrepentimiento: San Simeón el Nuevo Teólogo considera que el arrepentimiento es el primer mandamiento, san Juan Clímaco escribe que "el arrepentimiento es una restauración del bautismo" y muchos Padres llegan incluso a considerar esta actitud espiritual como un segundo bautismo. Si el hombre se esforzara con todo su ser por conservar y asimilar la gracia conferida en los sacramentos sin apartarse jamás de este camino, permanecería en el estado de salud y de pureza que el bautismo ha devuelto a su naturaleza. El bautismo purifica al hombre de todos sus pecados, sin embargo, no quita la posibilidad de pecar porque no suprime nuestra autonomía ni nuestro libre albedrío. En el arrepentimiento el hombre no encuentra otro bautismo nuevo, ni siquiera el bautismo que había recibido, pues

no lo ha perdido nunca, pero con el arrepentimiento el hombre recupera los frutos recibidos y que había abandonado como consecuencia de su pereza, de su negligencia y de su vuelta al pecado y a las pasiones. El arrepentimiento es una actitud interior por la cual el hombre reconoce sus faltas o su estado de pecado, se separa de él, pide perdón a Dios e invocando su ayuda, manifiesta su voluntad de no pecar más en el futuro y de no seguir separado de Dios, sino volver a Él cambiando de actitud. Lo que cuenta no es el pasado, sino como nos desenvolvemos en el presente tomando profunda conciencia del estado de nuestra alma para que desde ella emane un arrepentimiento verdadero que nos permita la re-uniión con Dios. El objetivo fundamental del arrepentimiento es que se produzca un cambio, una vuelta, como indica la misma etimología de la palabra metanoia que simboliza un cambio de visión, un giro en donde la persona se convierte, o se arrepiente de algo. Es una especie de conversión en sus ideas, un cambio profundo el cual está basado en su forma de pensar y en el arrepentimiento que cambiará su vida. El conocimiento de nuestro estado patológico que adquirimos con el arrepentimiento es una condición fundamental para obtener la curación. Por eso san Juan Crisóstomo aconseja: “reconozcamos francamente lo que somos y lo que son las heridas de nuestra alma, pues es la manera de darles remedio; el que no conoce su mal no se ocupa de su enfermedad.

El remedio de la oración: Por la fe, el hombre reconoce a Cristo como a su Dios y como el único médico capaz de curarlo. Por el arrepentimiento, se vuelve hacia Él lamentando sus faltas para obtener el perdón. La oración aparece como el complemento de las dos actitudes anteriores. Por intermedio de la oración el hombre invoca la ayuda de Dios para obtener los cuidados que su estado de enfermedad necesita, para ser curado y purificado y para abrirse a su gracia y unirse a Él. Es a través de la oración como el hombre puede ponerse en presencia Dios, entrar en relación con Él y unirse a Él. San Gregorio Palamas la describe como “el lazo que une a las criaturas con su Creador”. Dicho lazo se establece ciertamente mediante la

recepción de los sacramentos y en particular del bautismo, la crismación y la eucaristía, que restituyen al hombre el esplendor primero de la imagen de Dios y lo restablecen en su semejanza, otorgándole potencialmente la plenitud de la gracia. Al cristiano le queda, entonces, apropiarse personalmente de la gracia recibida, actualizarla en él mismo, crecer en ella y por ella. Me parece importante reafirmar aquí lo expresado en nuestro encuentro del 14 de mayo: “La participación en el camino del Reino no es el paso a una “otra” vida, sino el hacer incorruptible esta vida misma”. Por lo tanto, la oración es indispensable para esta tarea y hasta juega en ella un papel esencial, Por medio de la oración el hombre puede establecer una relación personal con Dios, presente en él por su gracia, dar su libre asentimiento a la transformación salvadora que Él realiza mediante ella y colaborar conscientemente y voluntariamente en la salud y la deificación que Dios realiza en Cristo por el Espíritu Santo. La oración ayuda al hombre a desvincularse progresivamente del mundo y de sí mismo. Perseverar en la oración es renunciar a uno mismo pues hace que el hombre triunfe sobre su naturaleza caída y lo reviste del hombre nuevo uniéndolo a Dios. Por el hecho de ser una “conversación con Dios” la oración realiza el sacramento de nuestra unión con Dios y nos permite, según Evagrio el Póntico “conocer de nuevo el estado de proximidad y de familiaridad que caracterizaba la relación de Adán con su Creador en el Paraíso”. Cuando el hombre reza profundamente, nos apunta san Pedro Damasceno, “su espíritu empieza a ver sus faltas como la arena del mar. Aquí se encuentra el origen de la iluminación del alma y es entonces el signo de su salud”.

El remedio de los mandamientos: La fe, el arrepentimiento y la oración, unidos a la recepción de los sacramentos, no bastan para la salvación y la deificación del hombre, si no van acompañados por el cumplimiento de los mandamientos divinos. Las santas Escrituras y toda la Tradición nos recuerdan constantemente, que para tener un verdadero alcance y realizarse plenamente, la fe debe manifestarse en la práctica de los mandamientos. El Apóstol Santiago enseña: “así ocurre con la fe: si no tiene obras está totalmente muerta” y afirma

que: “igual que el cuerpo sin el alma está muerto, lo mismo la fe sin las obras está muerta”, “la fe sin las obras es estéril” y “el hombre es justificado por las obras y no por la fe solamente”. En su resolución de ordenar su ser y su existencia conforme a los mandamientos de Cristo, el hombre manifiesta en concreto su voluntad de ser curado y salvado; muestra, entonces, que su curación y su salvación no son para él objeto de un mero deseo, sino que él tiende a ello con todo su ser y con toda su vida y se compromete realmente para lograrlo. Los mandamientos por ellos mismos no salvan ni deifican al hombre pues el creyente es salvado y deificado por la gracia que es el don de Dios pero al mismo tiempo, su práctica es indispensable para la salvación y la deificación del hombre pues, dicha práctica es indispensable para que el hombre conserve esa gracia que recibe en los sacramentos, la asimile y crezca en ella y además para que la pueda recuperar si se ha alejado de ella. Al respecto, Simeón el Nuevo Teólogo nos señala que: “La gracia de Dios es preservada mediante la observación de los mandamientos”. La práctica de los mandamientos cura al hombre de sus pasiones y cura en primer lugar sus facultades de la perversión de la que, como hemos visto, han nacido de esas pasiones.

El remedio de la esperanza: La esperanza es otra condición fundamental para la curación espiritual del hombre y para su salvación; Dios “salva a quienes esperan en Él” nos dice el profeta Daniel y el Apóstol Pablo en su carta a los Romanos afirma: “Somos salvados en esperanza”. Junto con la fe y la caridad, la esperanza es una de las tres virtudes fundamentales que sostienen todas las demás y aseguran la unión entre ellas. La esperanza consiste en aguardar que se realice aquello que se desea y que aún no se tiene y como nos explica san Juan Crisóstomo: “en esperar lo que no se realiza inmediatamente, en esperar confiadamente sin desanimarse nunca”. Esto supone la perseverancia que es definitiva una forma de paciencia a la que la esperanza está ligada de una forma muy estrecha. San Pablo reafirma este concepto cuando les escribe a los Romanos: “Si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con perseverancia”. La esperanza cristiana tiene por objeto a Dios mismo y especialmente a Cristo, el Dios-

hombre, el artífice de nuestra salvación, que nos envía al Espíritu Santo y nos da acceso al Padre. La esperanza está estrechamente ligada a la fe; es su comienzo. La fe supone la esperanza dado que es una firme certeza de los bienes que se esperan. El hombre no creería verdaderamente en Aquel que puede curarlo y salvarlo, si no espera recibir de Él la curación, la salud y la salvación. La esperanza está también estrechamente ligada al arrepentimiento que aparece en primer lugar como una condición de la esperanza. Cuando el hombre constata su miseria espiritual, cuando reconoce ante Dios su estado de enfermedad y pide el perdón de sus pecados, es entonces, incitado a esperar que Cristo se mostrará misericordioso con él, lo purificará y lo curará de sus enfermedades espirituales. La esperanza también está ligada a la oración. Por una parte, es condición de ella, pues el que reza espera recibir lo que pide y, por otra parte, a la inversa, la esperanza es un fruto de la oración, pues esta hace nacer la esperanza, la fortifica y la vuelve constante. Por último, la esperanza, está ligada a la práctica de los mandamientos; por un lado, porque esta virtud no puede desarrollarse y subsistir sino unida a las otras virtudes y con la condición primera que el hombre se libere de las pasiones que se oponen a ellas y, por otro lado, y a la inversa, la práctica de los mandamientos supone la esperanza, la cual es de un modo general, uno de los resortes fundamentales de la determinación del hombre a vivir según Dios y le proporciona constancia en los esfuerzos que cada uno hace para curarse y recuperar la salud en Cristo, reorientando, mediante la práctica de los mandamientos, todas las potencias de su ser hacia Dios, que constituye su única finalidad natural y normal.

¿Cómo es que toda la naturaleza y todo lo que le pertenece está tan sabiamente hecho, que se mueve en un orden tan maravilloso? Porque todas las cosas son guiadas y gobernadas por el Creador mismo. ¿Cómo es que, en la naturaleza del hombre, que es el pináculo de la creación, hay tanto desorden y perversión? Porque sólo el hombre asumió la responsabilidad de guiarse y gobernarse a sí mismo, en contra de la voluntad y la sabiduría del Creador...” San Juan de Kronstad.

